

La actualidad estética

Escribe: ALFONSO HANSSEN

“La gente que se interesa por la filosofía del arte pertenece más o menos a dos tipos: artistas con inclinación filosófica o filósofos con gusto artístico”. En mayor o menor grado, la peculiaridad y limitación de la estética han tenido que ver con esta disyuntiva. Engranados en una labor puramente crítica, los presupuestos del arte aún esperan que la fuerza de la verdad los exprima hasta dejarlos en su absoluta pureza.

Sin embargo, el arte se ha subordinado. Los artistas mismos han querido engalanarse de valoraciones que en ninguna circunstancia jugaron en el proceso de creación, pero que, ante la voracidad del público, ellos absorben. El artista de hoy se deja manipular y condicionar por los instintos más primarios de la moda. La crítica, supeditada también por los comerciantes de las galerías y por los intereses políticos de la prensa, da prácticamente los patrones de belleza a las obras y compromete y desvía en su celestinaje un pensamiento que pudiera serenarse y normativizarse: el pensamiento estético.

De veinte años acá, especialmente entre los ingleses, la estética ha luchado por expresarse como una

tercera fuerza teórica. Rompiendo el clima de placidez y de elogios mutuos han querido plantear una manera de ver *sui-generis*. También —dicen— el arte se puede admirar en el horizonte de su propia realización, abstrayendo a la obra del desarrollo artístico y encontrando lo estético en su propia estructura. Proclaman una independencia de la filosofía y se encaminan por una ruta exclusivista y determinante. La intención, su ideal intermedio, según lo hacen notar, es el de hacer que “la dialéctica en los más diversos planos nos haga avanzar de la crítica de arte a la teoría estética”. Para ellos la estética ha tenido hasta ahora un hogar en el criticismo y no ha logrado salirse de allí. El problema fundamental es liberarla por medio de la contradicción y evidenciarla en la obra de arte.

Pero, aparte estas consideraciones generales, lo cierto es que la estética moderna se ha visto presa por el ideologismo. Las tres ponderaciones eluden de suyo lo fundamental de la filosofía del arte. Antes que preguntar por la obra, por la cosa que la constituye, antes que debelarla, que cuestionarla y de subjetivizarla, el ideologismo estético la sitúa, sumergiéndola en una serie de conside-

raciones caducas y ausentes a todo avatar filosófico. Así es como se ha proliferado innumerable cantidad de escuelas estéticas, acorraladas por criterios divergentes.

En un principio, y haciendo a un lado la exagerada variabilidad, podemos entrar en una sencilla división de actitudes. a) La psicológica, que considera que la belleza posee un poder de sugestión que aparta en el hombre la simple actividad necesaria para alcanzar una actividad vital exaltante y, a un mismo tiempo, excluyente del compromiso social que lo adhiera al arte con excepción de lo demás y sostenga que es la "individuación objetivada" la que se muestra como un absoluto, un don personal "súbitamente ofrecido al resto de intereses". b) La eclecticista, que habla de las fuerzas del arte como de calidades secundarias y terciarias y pretende que creador y beneficiario hacen de él un medio de comunicación espiritual, con significados casi místicos, descubriendo así la calma y majestad de las cosas, el misterio mismo y aun lo patético. c) La historicista, que sujeta las condiciones del arte a la historia para justificar la objetividad de lo bello y promover, a renglón seguido, un criterio inductivista que independice a la estética de los movimientos de ideas u otras influencias.

No obstante, de lo que se trata es de ir más allá de la mera enunciación de este conflicto, que se agudiza en la medida de una mayor intervención por parte de las ideologías. ¿Por qué la estética ha sido víctima de dicho intervencionismo? ¿Y, se puede prever, así sea lejanamente, una liberalidad de acción de ella con respecto al objeto de su estudio?

Lo uno y lo otro están implicados en el enunciado, más tozudo aún, de que el hombre hace la historia pero ella actúa sobre él, motivando su proyección e integrándolo. Esta unidad real entre hombre e historia se aprecia con mayor claridad en las épocas de crisis, por ejemplo, en la que actualmente vive el capitalismo ante el nacimiento de una nueva sociedad. El hombre, frente a la serie de cambios que le apremian históricamente, disciplinado por las ideas que hacen viva esa historia y condicionado por el tiempo, somete la mayoría de las disciplinas —científicas o filosóficas— a una estrategia de evolución. En el mismo sentido en que lucha intensamente por desatar el nudo histórico, es la historia quien está ejerciendo la tremenda responsabilidad de explicar la experiencia vivida por él tanto como por los instrumentos que lleva en su mano.

"Lo que cabe admitir a este respecto, en general, es que en todas las épocas las tendencias económicas y sociales determinan e imparten sus matices fluctuantes a amplios movimientos de pensamiento y opinión". La estética, como comprensión de la obra de arte, no tiene por qué escaparse a esas "inmanaciones intangibles", pues en tal choque histórico es cuando ella se repele con mayor acento al control personal del artista. No porque el arte haya perdido la esencia de lo bello sino porque, en el acontecimiento, la moda y el gusto la relativizan y la entregan plena de factores sociales.

En tal punto la estética es una esclava de la exageración. Es más un afán de dominio que de explicar algo. La política en trance de atrapar para sí, sacando partido,

todo lo noble del hombre y en la obligación de justificar sistemas sociales no respeta las paralelas del arte. El llamado *realismo socialista*, si optamos por las denominaciones, quiere advertirnos que en el espíritu del artista se sublima la colectividad. El artista no crea sino que obra y obedece y da como resultado ese arte-rosa, en el que el ente colectivo carece de violencia, está liberado y exento de angustia, dando muestras de sosiego y de mansedumbre por el trabajo. En cambio, el *Orbis sensualium pictus* de la sociedad capitalista nos hace imaginar al hombre como a una víctima eterna, rechazando en su particularidad a la naturaleza y practicando inveteradamente la rebeldía a toda moral. En este arte la creación es descarnadamente existencial, sin reglas para interpretarlo. El impresionismo, el cubismo, el abstraccionismo, el surrealismo y todo aquello en donde notemos exageración —y en donde muchos prefijan las aberraciones

humanas— no son otra cosa que la fijación del hombre solitario, controvertido y falsificado por la historia. En ambos lados se peca: los primeros por exceso, los segundos por carencia. Juntos niegan el compromiso del hombre consigo mismo y terminan haciéndole despreciar sus propias obras. Por demasiada protección o por comercio.

La estética se ha vuelto servilista. Ha salido de madre, abandonando el proscenio filosófico y sucumbiendo ante el ideologismo. A la teoría se enfrenta en forma de crítica y se disuelve luego en una retórica de fácil construcción, a veces sin tocar siquiera las cimientos del arte. En dicha retórica bebe sin fin y se desintegra en corrientes. Muchos podrían pensar que es la crisis histórica. Pero no hay tal. Es la historia manifestando la crisis en todas las disciplinas. Por pretenciosa, por querer ser más de lo que realmente le está dado, la estética atraviesa el círculo del infierno.